

MARTÍN Y SU CABALLO

LAS PRIMERAS AVENTURAS DE MARTÍN MIGUEL DE GÜEMES

Ricardo Lesser

ILUSTRACIONES DE **Huadi**



 Planetalector

MARTÍN Y SU CABALLO

LAS PRIMERAS AVENTURAS DE MARTÍN MIGUEL DE GÜEMES

Ricardo Lesser

ILUSTRACIONES DE **Huadi**

GRUPO EDITORIAL PLANETA



EL SUEÑO

GRUPO EDITORIAL PLANETA

Martín tiene un sueño que le ocurre con frecuencia. Un sueño que es como un caramelo de dulce de leche, de esos que se pegan rico entre los dientes.

Sueña con un caballo de pelo mezclado de blanco y negro, como el plumaje de los pájaros que llaman tordos.

“Tordo”, piensa Martín, que sabe que hay pájaros que tienen un color parecido.

Y le queda el nombre: Tordo.

Está allí, en el sueño, esperándolo impaciente. Se da cuenta de que lo espera porque Tordo raspa la tierra con uno de sus cascos delanteros.

Martín no dice palabra. Se agarra de la larga crin, toma envión y monta de un salto como si nada. Al pelo, nomás. Solo un cuero de guanaco sobre el lomo para no lastimar al caballo.

Ni siquiera riendas. Quién sabe cómo, el chico le indica adónde quiere ir simplemente tocándole el pescuezo con la mano: a la izquierda, un toquecito; a la derecha, otro.

Agarra un mechón de la crin amiga del viento y aprieta suavemente los flancos de Tordo con las piernas. Es lo que esperaba. Inicia un trote liviano, travieso, como tomando envión. Después galopa. Hay momentos en que va con las cuatro patas en el aire. El jinete siente que se desliza mansamente, como en un sueño.

Él quiere más. Y Tordo también. Entonces se inclina levemente hacia atrás y presiona un poco más fuerte los costados del animal, que se lanza al galope. Martín acompaña el movimiento con el cuerpo.

Galopan. No solo Tordo, también Martín. Atraviesan la brisa, el aire que los acaricia al dejarlos pasar.

“¡Más rápido, más rápido!”, grita al viento.

Y, de pronto..., ¡vuelan!

Tordo vuela, pero no le han salido alas como a otros caballos de las fábulas. No, sencillamente galopa tan velozmente que levanta vuelo.

Martín se prende de la crin con más fuerza para no caerse, pero no tiene miedo. Al contrario, es feliz. Una bandada de golondrinas pasa por debajo de Tordo, que ni se da cuenta. También él es dichoso.

Los árboles y los ríos, allá abajo, se hacen cada vez más pequeños. Un aguilucho, que planea distraído buscando qué comer, se asusta y mueve torpemente las alas para escapar de ese otro gran pájaro que se le viene encima.

Las nubes, algodón de azúcar, mojan a Martín. Le quedan blancas gotitas de nube en el pelo negro. Se ríe, abre los brazos para llenarse de nubes.

El caballo no se detiene. Vuela por encima de las nubes y se encuentra con el sol. Todo está en silencio. No se oye ni un solo ruido. Ni siquiera el ruido de los cascos que pisan el aire.

Martín Miguel de Güemes sueña este sueño cuando es chiquito. Y también cuando es grande. De vez en cuando, de repente, sueña este soñito. Aunque esté despierto.

LA FAMILIA

GRUPO EDITORIAL PLANETA

NACIDO EN EL CAMINO

Si no hubiera sido una persona real, Martín sería una leyenda. Una de aventuras.

Los historiadores no se dejan llevar por la fantasía. Por ejemplo, casi todos dicen que Güemes nació en una sólida casa de aquella Salta de techos de tejas. Que lo hizo cómodamente en la cama de su mamá, como se estilaba en aquella época en que no había hospitales. Que fue una partera la que le pegó en la cola para que llorara a todo pulmón.

Pero hay otro relato mucho más divertido y, tal vez, más cierto. Algunos declaran que Martín nació en los caminos, o casi en los caminos.

Doña María Magdalena tenía una panza así de grande, ya estaba a punto de parir, cuando se le ocurrió un viaje. Le desaconsejaron que lo hiciera para evitar los movimientos bruscos al pasar por senderos llenos de baches. Pero Martín Miguel de Goyechea, su papá, estaba muy enfermo y ella era

muy cabeza dura. De modo que había ido a visitarlo sin importarle el fastidio de las sacudidas.

El pequeño carruaje arrastrado por una mula alegre y animosa recorría cerros y valles. El día era delicioso. Las sierras se alzaban sobre el cielo azul como si quisieran alcanzar el sol. Los ríos corrían por sus laderas verdes. Debían estar tibios por el calor del verano.

Por casualidad, se cruzaron con unas muchachas vestidas con largas faldas coloridas que iban a la Fiesta Grande, una ceremonia en la que agradecerían a la tierra por la buena cosecha.

Al llegar a las fincas del valle de los Pericos, María Magdalena pegó un respingo. Supo, entonces, que Martín tenía prisa en salir aunque fuera en el camino mismo.

No fue necesaria semejante imprudencia. Por fortuna, estaba cerca La Quinteja, la finca de una familia amiga. Allí, asegura la leyenda, nació Martín.

María Magdalena le puso Martín Miguel por su papá. Y el cura que lo bautizó sugirió que lo llamaran además Juan de Mata porque ese 8 de febrero se recordaba a San Juan de Mata.

De modo que aquel bebé de cachetes colorados que dormía todo el tiempo se llamó Martín Miguel Juan de Mata de Güemes. De chiquito tuvo nombre de guerrero.

A la mañana siguiente, temprano para evitar los calores del verano, María Magdalena y Martín en-

vuelto como un matambre, según la costumbre de entonces, emprendieron el viaje por el camino de la quebrada de los Sauces hasta llegar a casa, en Salta.

Don Gabriel, el papá, no estaba. A disgusto, se había ido a Sumalao a trabajar.

En aquel pueblito escondido, arrinconado entre dos ríos, una vez al año se abría la Feria de Sumalao, uno de los mercados de mulas más grandes del mundo. Se vendían y compraban miles y miles de esos animales de carga. El padre de Martín, que era el Tesorero del Rey, debía estar allí para controlar que se pagaran los impuestos sobre ese comercio inmenso.

Algo que interesa a los que creen en la leyenda: como Perú estaba cerca de Sumalao, en la feria también solían venderse espléndidos caballos peruanos. Tal vez no sea casualidad que Martín naciera justamente en esos momentos. Ya veremos por qué.

EL BAÑO

Era viernes. Día del Baño de la familia Güemes. No todos se complacían con ese rito de bañarse rigurosamente cada catorce días.

Los primeros que aborrecían esa costumbre eran los criados. Desde muy temprano, debían acarrear baldes y baldes de cuero desde el aljibe, que recogía el agua de lluvia que caía desde los tejados.

Otra que detestaba esa rutina era la tortuguita que vivía en el fondo del aljibe con la misión de comer los bichitos y las algas y, de ese modo, evitar que el agua se echase a perder. Más de una vez, le caían los baldes en la cabeza.

Hacía rato que la cocinera había encendido un gran fogón en el patio de la servidumbre. Allí esperaba una inmensa olla ennegrecida de tanto uso donde se calentaría el agua. Una vez que estaba bien caliente (no tanto como para quemarse, claro), se la volcaba en la bañera.

La bañera era un tonel de madera suficientemente grande como para que una persona adulta pudiera sentarse dentro de ella. La tina (algunos la llamaban así) se colocaba en uno de los cuartos cerrados de la casa. Uno cualquiera, puesto que todavía no había cuartos de baño. No se conocían las canillas, ni los lavabos, ni nada.

Los que sí gozaban el Día del Baño eran papá y mamá. Disfrutaban la sensación de placidez que proporciona sumergirse en el agua caliente. Y gozar del jabón con olor a la flor de mandarina que elaboraba una de las criadas en la cocina.

Pero no todos cabían de contentos los viernes.

La cuestión era que la familia entera se metía en la bañera. Lo hacían, uno a uno, según un riguroso orden de edad. Primero, el papá; luego, la mamá; Juan de Dios, que tenía siete años; Martín, que andaba por los cinco. Y, última, Macacha, la más chiquita de los Güemes en ese momento, con tres años. Después vendrían otros chicos, pero no todavía.

Uno después del otro: Papá-Mamá-Juan de Dios-Martín-Macacha. Todos en la misma agua. No se cambiaba nunca, era demasiado trabajo.

El baño era largo porque cada uno se tomaba su tiempo. El papá se fumaba un cigarro tendido en el agua caliente, la mamá entrecerraba soñadoramente los ojos, Juan de Dios se quedaba un ratito en el líquido ya tibio. Y Martín tiritaba en la bañera ya

definitivamente fría. Ni hablar de Macachita, que pataleaba a más no poder cuando le tocaba.

Esa mañana se celebró la ceremonia del baño como era habitual. El papá se fumó su puro, la mamá casi se quedó dormida, Juan de Dios entró y salió a toda prisa, y Martín...

¿Y Martín?

El chico no estaba haciendo fila para entrar a la bañera.

Tampoco estaba Macacha.

—¡Martín! ¡Macacha! —los llamaron a los gritos. Nada.

Era rarísimo.

—¡¡Martín!!... ¡¡Macacha!!

Desesperados, salieron al patio de atrás. Ahí estaban. A Martín le caía sobre la frente una chorrera de un líquido color pardo. Macacha tenía sus hermosos rulos rubios empapados y malolientes. El agua les caía a chorros. Parecían pollos mojados.

—¿De dónde vienen?! —tronó doña María Magdalena con esa voz que aterrorizaba cuando alguien había hecho una macana.

—De bañarnos —respondió Martín, muy suelto de cuerpo—. Era el Día del Baño, entonces nos bañamos en el zanjón.

El “zanjón” era un arroyo natural que corría detrás de la casa. Usualmente, el agua corría cantando alegremente. Pero ahora había una tremenda sequía, de modo que el arroyuelo estaba hecho un lo-

dazal. Era puro barro. A los chicos no les importó. Cualquier cosa con tal de escapar del Día del Baño.

Melchora, la niñera de los chicos, se encargó de restregar a Martín y Macacha con un paño blanco para quitarles el fango del cuerpo. El lienzo les hacía cosquillas.

—¡Mama Melchora!... —se quejaban cariñosamente, entre risas.

Le decían Mama porque ella los había cuidado de chiquitos. Nadie se acuerda de quién le puso ese sobrenombre. Tal vez Martín, que era muy regalón.

Melchora era una indígena omaguaca, perteneciente a un pueblo originario de la quebrada de Humahuaca. Don Gabriel la había traído cuando nació Juan de Dios, su primer hijo. Desde entonces vivía con ellos.

Andaba en silencio por la casa arrastrando sus ojotas de cuero de llama, su camisa de todos los colores larga hasta los tobillos. Sus ojos, negros como una noche sin luna, miraban con dulzura. Sobre todo cuando contemplaba a Martín, por quien tenía adoración.

—¿Todo bien, Melchora? —le preguntó el moreno Bernardo.

—Sí, ya puedes deshacerte del agua.

El criado, entonces, tiró el agua del baño en la huerta. Parece que los tomates crecían maravillosamente con ese líquido sucio.

CASA

—IF resquitos los alfeñiques! ¡Aaalfañiques!... El pregón retumbó en el zaguán de los Güemes. En la calle, el tucumano Eusebio ofrecía sus célebres alfeñiques, unos caramelos alargados y retorcidos hechos con pasta de azúcar cocida en aceite de almendras. Una delicia.

Apenas oyeron el pregón, los chicos corrieron a la puerta que, a esa hora, permanecía abierta. María Magdalena acudió a toda prisa. Al verla, Eusebio se dirigió a ella:

—Buenas y santas, doña —dijo quitándose el gorro de lana en señal de respeto—. ¿No quiere comprarme unos alfeñiquitos para los niños? Son buenos para la tos —agregó, tratando de convencerla.

—Puede ser, pero los niños no tienen tos. Y esos dulces serán buenos para la tos, cosa que dudo, pero son malos para los dientes.

Eusebio se mandó a mudar con sus alfeñiques a otra parte. Y María Magdalena se quedó refun-

fuñando contra los vendedores ambulantes que, a cada rato, aparecían ante su casa gritando sus pregones. Lo hacían porque sabían que en esa casa vivían vecinos adinerados.

Los Güemes vivían en el centro, a una cuadra y media de la plaza y la catedral. Cuando se celebraba una ceremonia al son de los pífanos y los tambores, como el cumpleaños del rey, la música entraba a escondidas; ni las rejas la detenían.

La espléndida residencia debía su esplendor a que era, al mismo tiempo, la Tesorería del Rey. Una antigua ley decía que, por seguridad, el tesorero debía vivir allí donde estuvieran las Arcas Reales, unas fabulosas cajas de cuero con candados imponentes donde se guardaba el dinero del monarca.

El tesoro estaba a buen recaudo. Además de los candados, las paredes de adobe eran grosísimas. Para colmo, los muros estaban ensogados, esto es, forrados con una red de gruesos cordones unidos entre sí. Esta precaución no se debía a los ladrones, sino a los terremotos, que eran frecuentes en Salta.

Al frente del edificio, la gran puerta principal de madera claveteada, escoltada por dos columnas que parecían soldados de guardia. Dos puertas a la izquierda y una a la derecha. Allí estaban las habitaciones de la Tesorería, incluyendo la oficina de don Gabriel y un cuarto donde se custodiaban las Arcas Reales.

El resto era la vivienda propiamente dicha. En el primer patio, el aljibe y, a su alrededor, las alcobas.

Más atrás, los cuartos de quienes se ocupaban de las tareas domésticas, unos diez criados.

En el segundo patio, la entrada de servicio, que era como la máquina que daba vida a la vivienda. Por ese espacio ingresaban los caballos y los coches así como la vaca lechera que todos los días venía a dar lo suyo. También los cargamentos de leña, harina, maíz. Del mismo modo que las frutas que se cosechaban en las afueras de la ciudad. Y la huerta, claro.

La huerta daba al bendito zanjón, el lugar favorito para los juegos de los chicos. Entre las lechugas y los repollos, Juan de Dios y Martín jugaban a los espadachines con cañas, que en su imaginación era formidables lanzas contra los moros. En verano abandonaban las batallas. La lengua y las manos se les teñían de negro: era el jugo de esos frutitos dulces, algo ácidos, que daba la morera del fondo.

Cuando era todavía una beba, Juan de Dios le dio a probar una mora ácida a Macacha. La nena se echó atrás, arrugó la nariz y sacó la lengua para expresar su rechazo. ¡Puajjj!

Todavía se acuerdan de aquella mañana.

EL ALMUERZO

Es de mañana, doña María Magdalena volvió de misa de once seguida de la criadita que llevaba sobre sus hombros el reclinatorio en el que se arrodillaba (por entonces, en las iglesias no había bancos).

Apenas entró, sonó la campana de San Francisco.

—¡Las doce! —exclamó—. ¡Qué tarde se me hizo! ¡Se nos va a pasar la hora del almuerzo!

Justo en ese instante, don Gabriel volvía de su oficina para almorzar. Un relojito, el hombre. Los criados sabían que eran las doce exactas antes de las campanadas porque oían que cerraba de un golpe la tapa de su escritorio, lleno de misteriosos cajoncitos donde guardaba los documentos del rey.

A los chicos hubo que llamarlos, estaban combatiendo contra los gigantes que habían invadido la huerta a traición. Detrás de ellos, vino Mama Melchora, que sentó a Macacha a una mesita apar-



te. Era costumbre que los más chiquitos comieran separados de los adultos.

María Josefa ya había tendido la mesa. Por suerte, no era un almuerzo de “mantel largo”, como se llamaba a las comidas donde había invitados. Para esa ocasión, las familias distinguidas ponían mantelería blanca, cuanto más blanca mejor. Como en aquella época no había quitamanchas, ostentar la blancura de los manteles demostraba que no les importaba que se arruinaran dos o tres porque poseían varios.

Las sillas estaban dispuestas como en un ejercicio de geometría. En la cabecera, el señor de la casa. Y, cuando decimos “señor”, es porque don Gabriel era el jefe de la familia, el que todo lo decidía. Salvo dentro de la casa, que era del dominio de doña María Magdalena, quien se sentaba en la otra punta de la mesa.

Así se estilaba en las familias antiguas. Por ejemplo, la señora se ocupaba de que los chiquillos tuvieran las uñas limpias o qué habría de comer ese mediodía. En cambio, el padre decidía cuestiones mayores, como qué oficio tendrían en la vida o con quién casaría a Macacha cuando fuera grande. Era lo que se dice un patriarca.

Desde luego, a ninguno de sus hijos se le hubiera ocurrido tutearlo. Ni tomar la palabra durante la comida sin su permiso.

—Perdón, Padre, quisiera preguntarle algo.

—Pregunte, fulanito.

Padre de aquí, Padre de allá. Y Madre, como llamaban a doña María Magdalena.

Gabriel Güemes, vasco de nacimiento, tenía un cargo importante en el virreinato: tesorero ministro principal de la Real Hacienda de la Intendencia de Salta del Tucumán.

Había llegado a Buenos Aires en uno de los 123 barcos que el monarca mandó para hacer la guerra en estas costas. Decían que las naves tapaban el horizonte del océano. Tardaron más de dos meses en llegar. Y, cuando desembarcaron, después de increíbles accidentes, crearon el reino del Río de la Plata.

El comandante de la grandiosa expedición era paisano de don Gabriel. De allí que lo nombrara tesorero.

Lo cierto es que Gabriel conoció a Magdalena, una preciosa niña de quince años. Era esbelta y alta, arrogante, con la cabeza echada hacia atrás. Se enamoró. Y se decidió a pedirle la mano al padre, Martín Miguel Goyechea. No sería fácil, el papá era teniente gobernador de Jujuy y él un modesto funcionario. Esa tarde le temblaban tanto las manos que se cruzó de brazos para que no se notara el temblor. En esa posición ridícula declaró su amor. Poco después se casaron.

Los chicos entraron al comedor demorados y dándose manotazos. La mirada severa de Madre,

que no dijo una palabra, fue suficiente como para que se sentaran rápidamente en su lugar.

Padre ocupaba la silla de la cabecera que, en realidad, era un sillón de alto respaldo de madera tallada. Se inclinó levemente y dio la bendición:

—Bendícenos, Señor, y bendice estos alimentos dados por tu bondad...

El amén coreado por todos fue la señal para que los criados trajesen las fuentes. Como se acostumbraba entonces, las depositaron sobre la mesa todas a la vez, la sopa junto a los postres.

En el centro, la sopera de plata con sopa de quinua, un cereal con granitos parecidos al arroz, tenía cubitos de queso que se derretían con el calor.

—¿Otra vez sopa? —pensó, disgustado, Juan de Dios.

—Permiso, Madre. ¿Locro no hay?

—Es viernes, Juan de Dios —respondió doña María Magdalena—. Los viernes no comemos carne.

Resignado, el chico volvió a mirar la mesa. Casi no había lugar para tantas fuentes, que casi chocaban unas con otras. Pastel de zapallo, que echaba un olor dulzón. Choclo rallado. Bagre hervido en medio de un lago de aceite de oliva.

—¿Otra vez pescado, Madre? —murmuró Martín en voz bajita para que no oyera Padre. El pescado no le gustaba porque tenía muchas espinas.

—¡Sí, otra vez pescado! —rugió Padre, molesto por la intromisión del chico.

Él mismo le sirvió una enorme porción de bagre.

—¡Se lo come todo! ¿Entendió, caballerito?

—Sí, Padre.

Sin más incidentes, el almuerzo siguió hasta los postres. Dulce de cayote con quesillo de cabra. Duraznos en escabeche.

Cuando terminaron, don Gabriel se ocupó de controlar el plato de Martín. Estaba vacío.

—Bien —dijo y se fue a dormir la siesta.

Tras el señor tesorero se fueron todos. En el comedor solo quedó el perro de la casa, que había estado todo el tiempo a los pies de Martín.

Quién sabe por qué se relamía y se relamía. Tal vez demasiado aceite de oliva.